

**O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La teología en España (1959-2009). Memoria y prospectiva*, Ediciones Encuentro, Madrid 2010, 597 págs.**

No es fácil decir de un libro de casi 600 páginas que es un buen resumen, pero sí que es una extensa y comprimida visión de lo que ha sido el deambular de la teología en los cincuenta últimos años. Las tres partes: Presencia, Memoria y Prospectiva, abarcan todo lo que ha sido ese cambio en la reflexión teológica y las raíces del mismo en este periodo en el que se han dado acontecimientos y cambios, tanto sociales como eclesiales, que han transformado nuestro mundo.

En la introducción el profesor González de Cardenal sitúa el valor de la teología en el cristianismo, advierte sobre las formas y deformaciones de la experiencia cristiana y muestra los tres elementos esenciales que han de ser «conjugados y afirmados en la misma proporcionalidad: positividad histórica (cristianismo), interioridad personal (cristianía), institucionalidad eclesial (cristiandad)» (p. 29). Después, en pocas páginas da unas pinceladas de lo que era la teología en los decenios anteriores al concilio. Señala las instituciones y personas y subraya la significación del año 1959, cuando se vislumbra un nuevo horizonte. El ejemplo del hombre que vive en el valle rodeado de montañas y sale del mismo y contempla realidades distintas a la suya es bastante elocuente.

Pasa a estudiar el decenio conciliar (1959-1968) y sus avatares: el rechazo a los textos preparados, la repercusión del concilio en España, el caminar en los años postconciliares, la importancia de la Universidad de Tubinga, el diálogo entre cristianismo y marxismo, y el protagonismo en España de Álvarez Bolado y López Aranguren. Los años que siguen al Vaticano II con el descubrimiento de mundos nuevos, la relación de la teología con las instituciones religiosas, los teólogos como «los intelectuales» de la Iglesia, la irrupción de la teología protestante, la teología de la revolución y de la liberación. El predominio de esta última, incluso revistas y editoriales que sirvieron a su difusión, y las filosofías auxiliares de la teología. Dedicar unas páginas a las peculiaridades de la teología en la Iglesia y la sociedad española, y se adentra en los mundos emergentes como emplazamiento (mundo ideológico, eclesial, geográfico, cultural-filosófico, religioso, humano). Concluye señalando las características del tiempo nuevo y sus exigencias al teólogo (tiempo de memoria, de fe, de trabajo, de espera y de exigencia crítica); para hacer una breve consideración sobre gloria y paradoja de la teología: «La paradoja esencial que es el cristianismo, al dárseos Dios y el hombre Cristo, se prolonga y refleja en la teología al vivir de extremos conjugados, que retienen su autonomía y, sin embargo, sólo logran mantenerla viva y llegar a su consumación mediante la abertura y desbordamiento de uno en el otro. Encarnación y filantropía de Dios-divinización y teofilia del hombre» (p. 121).

El segundo gran apartado de esta primera parte lo titula «Medio siglo de historia». Presenta los hechos históricos fundamentales durante estas cinco décadas, la transformación de la conciencia española. Destaca el desplazamiento respecto a la Iglesia, el desarraigo, la salida de un mundo anterior, política, moral y religiosamente unificado, la nueva forma de convivencia entre Iglesia y sociedad; las tres fases de la política: dictadura, transición, nuevo régimen; la secularización de las conciencias, el vértigo de un cambio difícil de asimilar. Al final, valora el comportamiento de la Iglesia en estos cincuenta años, fijándose en lo positivo y pionero de esta acción sobre todo con los más desfavorecidos y marginados. Llama la atención sobre el hecho de que la Iglesia española ha tenido que hacer en cincuenta años el proceso de transformación que en otros países como Francia o Alemania se realizó desde la Revolución francesa a nuestros días.

Muestra en el tercer punto las primacías de la Iglesia hoy. Son diez, todas orientadas a la misión: Ser Iglesia de y para Dios; Ser reflejo y voz viva de Jesucristo; Ser amorosa servidora del hombre, suprema *res sacra* en el mundo; Realizarse en comunión de fe, esperanza y amor entre sus miembros; Sumar los tres polos: teología, jerarquía, espiritualidad; Asumir funciones y superar tentaciones; Entroncar en unidad: jerarquía, órdenes religiosos, comunidades nuevas; Convertir dificultades y complejidades en principio de vida y heroísmo; Ser una Iglesia fraternal en la que los seglares sean y hagan casi todo; Vivir atenta a los fenómenos exteriores pero guiarse por sus propios principios.

Acaba esta primera parte invitando a «Tres virtudes para un tiempo inclemente»: Confianza; Esperanza; Templanza. En la Conclusión señala la tarea desempeñada que «implicaba al mismo tiempo la construcción de una nueva conciencia nacional y de una nueva conciencia moral y religiosa». Tarea que arrastra una dificultad añadida por el mismo hecho de la escisión operada en la cultura europea, con binomios que expresan esa conciencia escindida: Verdad-libertad, naturaleza-historia, etc.

Segunda parte: «Memoria». Empieza tratando «La teología española actual y la libertad religiosa en España (1963)». En la introducción subraya la importancia que tiene para entender la historia de la teología española de la segunda mitad del siglo XX la teología en Alemania. Alude a Ortega como el primero que se sintió fascinado por ella y cita unas palabras suyas: «La generación de los viejos se había pasado la vida hablando de las 'nieblas germánicas'. Lo que era pura niebla eran sus noticias sobre Alemania. Comprendí que era necesario para mi España absorber la cultura alemana, tragársela —un nuevo y magnífico alimento» (p. 208s). Pero lo realmente preocupante es que la teología española no ha logrado crearse una autonomía, un perfil propio, por lo que hemos vivido de una teología «no española». Cita para ratificarlo editoriales y autores en los que han bebido los «jóvenes teólogos» con «inundación de traducciones» (p. 215).

Punto interesante el referido a la necesidad de una teología propia de cada pueblo: «La verdad no existe antes que el hombre, sino que acontece en el hombre; es el acontecimiento que tiene lugar cuando la persona encuentra 'personalmente' la realidad tal como es, y, descubriéndola en su alteridad, la firma y se la apropia» (p. 217-218). Unas líneas más adelante dirá que intentar vivir de lo que otros han pensado no es humildad, sino cobardía o vagancia, de irresponsable alienación, de «apostasía» (p. 216).

El segundo: «Tareas fundamentales para el futuro de la teología (1974)». Advierte al lector de que algunas afirmaciones son tan elementales que parecerían verdades de Perogrullo, pero es necesario superar esa época en la que la Iglesia pensó que tenía que ser como los demás, diciendo lo que decían todos y callando su propio mensaje. La novedad está en la situación por la que atraviesa la humanidad que se halla en época de transición. Por eso: a) la tarea de la teología deberá ser primaria y eminentemente positiva, mostrando que en el cristianismo lo que está en juego es el problema mismo del hombre; b) esta acción positiva será prolongada por otra aparentemente negativa, pero esencial: la delimitación entre lo que es cristiano y lo que no; c) una y otra tarea, positiva y negativa, hay que realizarlas con humildad y en fidelidad al Evangelio, no por otras motivaciones. En humildad y confianza a su Señor la Iglesia mostrará al mundo que se apoya en las realidades que ha recibido de su Señor (p. 220-222). Indica después las «Orientaciones fundamentales que deberían seguir la teología y el magisterio»: una concentración temática (sobre los temas centrales del evangelio; sobre los problemas esenciales de la vida; sobre las preocupaciones y esperanzas del hombre actual). No olvidar el destinatario universal del mensaje y el hombre total, unificado en su inteligencia, voluntad y obras.

Señala los principales problemas que deberían atender el magisterio y la teología: 1) La fe: posibilidad, fundamento, significación (fe, forma fundamental de existir de quienes han acogido a Cristo, detectar aquellos niveles donde la pregunta humana y la respuesta cristiana se encuentran), 2) Dios: su presencia y ausencia, su necesidad y gratuidad; 3) Jesucristo: hecho histórico, contenido personal, clave del cristianismo; 4) Salvación: sentido, necesidad, forma de proposición; 5) Iglesia: hecho y misterio, persona y comunidad.

«La teología en el posconcilio español (1988)» es el tercer aspecto. Tras constatar el entusiasmo vivido durante veinte años, comprobamos una positiva y profunda mutación de actitudes, en el marco de la nueva trayectoria espiritual de España: 1) Aportación a los grandes retos presentados a la sociedad española (la recepción del Concilio, la transición política y creación de cauces para la modernización de la sociedad: es un inmenso logro en cuya transcendencia no hemos reparado). A esto contribuyen los jóvenes teólogos que ayudan a preparar al pueblo español para la convivencia y la reconciliación; 2) situación de la teología española en 1965 (la teología oficial no halló eco en lo que fueron las grandes intuiciones del Vaticano II); 3) características generales de una enseñanza y las propias de esa teología reciente. A todo método de enseñanza teológica subyace un modelo de hombre, de Iglesia y de acción apostólica. El método positivista fue superado por el Vaticano II; las nuevas generaciones se encontraron con que tenían que andar un camino nuevo, que partía de los escombros de cierta teología española anterior (p. 254-457).

Un segundo aspecto es «Teología y recepción del Concilio en España», con estos puntos: 1) La vigencia de la teología y de los teólogos en el inmediato posconcilio. A la vez gloriosa, al haber sido reconocida como un carisma, y sospechosa, por dos razones: por haberse querido equiparar sin matices con las demás ciencias y porque algunos teólogos han identificado lo que es un instrumento para pensar la realidad con la realidad misma; 2) Fases y formas de la recepción conciliar. Fases: entusiasmo, cierta frialdad, ponderación desde la distancia que mide su sentido y descubre su significación providencial. Hoy estamos en esta tercera fase. Constata que se ha tenido, por algunos, una actitud reductiva, que hoy día hay grupos que tienden a la conquista del poder y quieren imponer sus criterios por medios poco «cristianos». También lo que llama un «rebasamiento o rechazo crítico». El Concilio se ha quedado corto, al menos en su aplicación.

El tercero es «Trayectoria de dos decenios críticos»: 1) Fases temporales: dos fundamentalmente distintas: 1968-1978 y 1978-1988. El postconcilio como un espíritu nuevo, no sólo la realidad cronológicamente subsiguiente al Concilio. Crear una actitud cristiana nueva que sumara las ideas del Concilio con los nuevos signos, imperativos y propuestas del tiempo; 2) Ideas generalizadas en la conciencia cristiana: A) el giro antropológico: la primera suprema y definitiva realidad es el hombre; B) primado de la praxis: toda afirmación teórica sobre la vida humana es secundaria; C) la ruptura hermenéutica: la teología tiene que nacer de una conciencia histórica, ilustrada y crítica. «El cristiano reconoce limpiamente que lo que él llama fe es una posición de realidad, que afecta a todo el ser, a toda la historia, a todo el pensamiento» (p. 302); D) primacía del contraste y de la lucha sobre la caridad; E) aspectos positivos de esta lucha: nueva conciencia de pertenencia, de participación y de responsabilidad en la Iglesia.

A continuación el autor considera los «Problemas y las orientaciones de los grandes tratados teológicos»: 1) Ideas ambientales y libros que funcionan como «pre-textos»; 2) Las ideas dominantes en los tratados teológicos. Las instituciones y las personas: a) las Facultades de Teología; b) las editoriales; c) las personas y formas del quehacer teológico.

Sería excesivo para una recensión detallar las importantes contribuciones tanto de ideas, facultades, editoriales, personas y quehacer teológico. El libro nos lleva a un casi completo elenco de las mismas, quizás con alguna laguna en cuanto a centros, pero no podía ser exhaustiva. Por eso con la enumeración de esta parte damos paso a la siguiente: «Aportaciones de la teología española a la historia espiritual de Europa (1994)». Una larga nómina de pensadores ocupa parte de la introducción. Después nos invita a hacer un recorrido por lo que ha sido la historia del pensamiento español a partir del humanismo: Nebrija, Zumárraga, Tata Vasco, Cervantes, Calderón de la Barca. Pasando a Juan de la Cruz como la otra desembocadura posible de la modernidad: «La mística española: de la metafísica aristotélica a la Biblia y la poesía». La «noche oscura» de Juan de la Cruz y el «arroyo de fuego» de Feuerbach. La figura de Ignacio de Loyola, con su trayectoria de oyente en tres universidades: Alcalá, Salamanca y París; maestro de tres genios: Przywara, Rahner, Balthasar. La mística entre el cientismo y la irracionalidad.

Como conclusión de esta parte pueden valer estas palabras del autor: «Una Europa que se debate entre la secularización radical de las conciencias, por un lado, y un fundamentalismo virulento, por otro, haría bien en recrear una racionalidad que abarque todas las dimensiones y necesidades del hombre, sin negar unas y absolutizar otras. El hombre que ora y contempla, espera y sirve gratuitamente, es tan real como el que trabaja, hace política o transforma el mundo. La secularización cierra al hombre a sí mismo reduciéndolo al silencio, al sinsentido, a la muerte» (p. 393). Y más adelante: «Dada la diversidad de saberes y el carácter inabarcable de cada ámbito científico, parecería que ya no es posible ser teólogo como hombre de visión unitaria de la totalidad. Y, sin embargo, a diferencia del filósofo, del exegeta, del historiador y del pastoralista, el teólogo es el que en cada generación se atreve a decir una palabra unificadora y coherente que ilumine la realidad cristiana en sí misma y en su significación para cada hombre» (p. 197).

Los tres capítulos que completan el apartado Memoria tratan de: 5. «La teología en el cristianismo del siglo XX: Cien autores y cien libros (2001)»; 6. «La teología en una universidad del Estado: La universidad internacional Menéndez Pelayo de Santander (2003)», y 7. «Los teólogos modernos y la teología española». Son muy interesantes porque muestran quiénes han sido los grandes maestros y autores del cambio en la radicación diferente de la reflexión teológica; lo que supuso la supresión de las facultades de Teología en las universidades españolas; la expansión del pensamiento a través de la Menéndez Pelayo hasta el mundo laical y el reto de sembrar la simiente del Evangelio en los «inesperados surcos de la historia con el mismo empeño, la incondicionalidad y el olvido de nosotros mismos que lo hicieron nuestros grandes predecesores en su momento» (p. 484).

Es muy importante la reflexión que hace en el capítulo 7 sobre los teólogos y la teología española, señalando cómo ser teólogos en tiempos de inclemencia, la mirada a horizontes nuevos, la invitación a tomar en consideración la teología anglosajona además de la alemana y francesa. Quiere mostrar las fuentes, fundamentos y criterios permanentes de la teología. Advierte del peligro de cambiar la teología por la ciencia de las religiones, apoyándose en el triple servicio del teólogo a la Palabra: 1) Encarnada en Cristo; 2) Transcrita en la Biblia; 3) Celebrada y predicada en la Iglesia que la hace oíble, inteligible y vivible para todo hombre. Fijando la doble tarea del teólogo: mostrar la filantropía de Dios y la teofilia del hombre. Termina con la expresión de la necesidad de crear centros teológicos de altura y con capacidad de respuesta a la situación actual. «El teólogo comparte con el apóstol la misión de llevar a plenitud la palabra de Dios, el logos (sentido, razón, verdad) que es Dios, en quien el logos del hombre encuentra fundamento y futuro» (p. 505).

La tercera parte, la más breve de todas, la titula «Prospectiva». Intenta en ella abrir una ventana para adivinar el futuro. Así el capítulo 1: «La Teología del futuro». La cual, según el autor, depende de dos factores: 1º La creatividad de los propios teólogos con su inserción en la vida de la Iglesia y su comunión con los obispos; 2º La relación con la cultura ambiental (Iglesia, Universidad y sociedad son el triángulo hermenéutico dentro del cual la teología cumple su misión). Dentro del mismo nos habla de la relación entre teología, piedad y política; la sabiduría, profecía, mistagogía, subrayando que la misión de la teología es mediar entre la Palabra divina y la inteligencia humana, con dos formas fundamentales: la enseñanza o preparación para el ministerio apostólico y la atención al lugar que las cuestiones teológicas reciben en la sociedad. Para ello la función es triple: Sabiduría; Profecía, Mistagogía (camino abierto hacia el encuentro).

Otros elementos que introduce y desarrolla son: helenismo (razón); hebraísmo (revelación); cristianismo (encarnación), situando así las raíces permanentes: naturaleza, historia, Absoluto personal concreto. El cristianismo abarca al hombre entero y el hombre entero se expresa a través de él. Y le abarca como memoria, inteligencia y voluntad; como naturaleza, historia y transcendencia. Dedicar unas páginas a la paradoja, escándalo y extrañeza del cristianismo, valorando su valor meramente humano-positivo, pero añadiendo su universalidad fundamental: invitando a trascendernos. Subraya diez puntos fundamentales y termina haciendo una descripción de las teologías existentes en España que corresponden a estas acentuaciones. Concluye: «Una teología cristiana, verdaderamente católica, tiene que asumir las tres dimensiones que aparecen en el enunciado de este apartado final: razón (helenismo), revelación (judaísmo), encarnación (cristianismo)».

Unas palabras sobre el teólogo del futuro: Las áreas de formación teológica; Los profesores y su alma triple (dimensión intelectual, dimensión moral, dimensión religiosa); La pastoral de la inteligencia (lugar público, diálogo permanente). «Una teología vigilante, por tanto crítica y religiosa, tiene que hacer posible a la Iglesia mantenerse encendida ante su propio misterio... El Evangelio es palabra de Dios en el tiempo y la Iglesia tiene que tener siempre palabra viva para los hombres aprendiendo también palabras vivas de ellos. La relación entre ambos (Evangelio de Dios y culturas de los hombres; Iglesia y mundo) será la propia de las olas del mar: flujo y reflujo, recepción y rechazo, provocación y acogimiento. Olas siempre nuevas de un mar que es siempre el mismo» (p. 548).

El apéndice es una lista de teólogos y profesores de teología en el periodo (1959-2009).

Para quienes vivimos parte de esta época directamente es un libro lleno de añoranza y confirmación de camino. Para todo aquel que quiera entender lo que han sido estos 50 años de teología en España y las perspectivas que nos ha abierto el largo y difícil camino recorrido es libro imprescindible. El estilo es claro, dentro del lenguaje necesariamente especializado, y con el manejo ágil de la lengua española que el autor posee. Hay que leerlo despacio y releer algunas de sus partes. Siempre abre perspectivas desde el asentamiento en la realidad vivida y abierta en horizonte. [ALONSO MORATA]

**CHRISTOPH THEOBALD, *Vous avez dit vocation?*, Ed. Bayard (collection Études et essais), Paris 2010, 251 págs., 20x15 cm. ISBN 978-2-227-47917-3.**

Christoph Theobald es alemán y sacerdote de la Compañía de Jesús (Provincia de Francia). Docente de teología fundamental y dogmática en la facultad de teología del Centre Sèvres de París, director de *Recherches de science religieuse*. Teólogo de reconocida talla internacional capaz de abordar con solvencia y profundidad los más variados argu-